

Vocación

Mirna Rodríguez

Siendo ya una joven, renuncié a la idea de tener novio; tenía miedo de no saber besar, de no desempeñar un buen papel en mi noviazgo. Me era difícil sostener una plática con un chico, así que busqué pretextos para responder a las presiones y los cuestionamientos: que los estudios no me dejaban tiempo, que los muchachos que me pretendían no me gustaban, que los muchachos que me gustaban no me hacían caso...

Sí salí con algunos chicos, a los cuales les daba largas, y ellos por supuesto, cansados de esperar inútilmente una respuesta, optaban por alejarse y no volvían. Pensar en darles el "sí" me aterrorizaba tanto como la idea de darles un beso. Para evitarme tensiones y problemas, decidí que lo mejor era no tener novio.

No fui una chica audaz, ni siquiera intenté serlo; me conformé con lo que me brindaba el momento, aunque sí tenía ilusiones de alcanzar las estrellas.

Como el amor no llegaba a tocar las puertas de mi corazón, decidí que tal vez no era por allí mi camino, entonces quise saber si tenía vocación religiosa. Para ello participé en varias reuniones que se llevaban a cabo los fines de semana; eran encuentros compartidos con chicos y chicas que intentaban dar una respuesta a la pregunta ¿qué seré en mi vida? La respuesta podía ser: un laico comprometido, una religiosa o bien un sacerdote. También existía la posibilidad de que, al terminar las reuniones, continuáramos por otro camino, como si nunca nos hubiéramos acercado al ámbito religioso; eso no lo sabíamos.

Las reuniones eran fascinantes: convivíamos muchas horas a diario; nos ponían pruebas para darnos cuenta de la naturaleza de nuestros sentimientos y emociones, nos ayudaban a exterior-



rizarlos y nos encaraban con nosotros mismos. Como consecuencia de esto afloraba el dolor y surgía el llanto. Seguir el camino que conduce a Cristo no es fácil, por el contrario: es una empresa digna de personas temerarias, dispuestas a dejarlo todo, y al mismo tiempo requiere de la generosidad de los humanistas y de la capacidad de albergar mucho amor en el corazón.

Después de las reuniones de fin de semana, tomé la decisión de participar en un curso pre-vida, como llaman a la experiencia de prepararse para ser religiosa. Para ello viajé con la hermana Isabel a la ciudad de Aguascalientes. Estuve de domingo a domingo durante una Semana Santa en una escuela dirigida por religiosas.

El sábado de gloria fue el día elegido para dar una respuesta a Dios. Ese día me pareció largo, pesado, abrumador. Sólo en ratos me calmaba, me llenaba de tranquilidad para luego sentir de nuevo el desasosiego. Nos pidieron escribir nuestra decisión; cuando iba narrando los motivos, lloraba inconsolablemente. Mi respuesta fue No; yo no sería religiosa. Y llevé mi carta para que se quemara junto con las demás.

Al día siguiente de mi regreso a casa me sentí liberada, feliz y convencida de haber tomado la mejor decisión.